



Cofradía de la Santa Vera+Cruz de Andújar

Vocalía de formación

Año de la Misericordia

12 de diciembre de 2015

Charla formativa con motivo del Año de la Misericordia impartida por nuestro Hermano Mayor, D. Juan Carlos Moreno Almenara, durante el Triduo a la Limpia y Pura Concepción de la Santísima Virgen María.

“MARIA INMACULADA, MADRE DOLOROSA Y PUERTA DE LA MISERICORDIA”

Al principio Dios creó el cielo y la tierra. La tierra era soledad y caos, y las tinieblas cubrían el abismo; y el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas. Dios dijo: “Haya luz y hubo luz”.

Así comienza Dios su plan creador y como fin del mismo crea al hombre en justicia y santidad. Dios dijo “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Domine sobre los peces del mar, las aves del cielo, los ganados, las fieras campestres y los reptiles de la tierra”. Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios los creó, macho y hembra los creó.

El Señor Dios tomó al hombre y le puso en el jardín del Edén para que lo cultivase y lo guardase. El Señor Dios dio al hombre este mandato: “Puedes comer de todos los árboles del jardín; pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día en que comas, ciertamente morirás”.

Pero la serpiente tentó a la mujer que comió del fruto prohibido y finalmente lo dio a comer al hombre que también comió, desobedeciendo ambos el mandato de Dios.

Es el primer pecado del hombre que se rebela contra Dios y pretende, prescindiendo de Él, ser como Dios. Este pecado es el prototipo de todo pecado humano.

Como consecuencia de este “pecado original” el hombre es privado de la santidad y justicia primigenia. El Señor Dios los expulsó del Edén para que trabajasen la tierra y puso delante del jardín los querubines y la llama de la espada flameante para guardar el camino del árbol de la vida.

Dios dijo a la mujer: “Con dolor parirás a tus hijos”. Y al hombre: “Con el sudor de tu frente comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella fuiste sacado; porque polvo eres y en polvo te has de convertir”.

Por una mujer vino la perdición del mundo, por otra mujer habría de venir su salvación. La historia de la humanidad es desde sus orígenes, para los creyentes, también una historia de salvación. Ya desde los primeros relatos del Génesis, Dios, con su misericordia, protege al hombre, su criatura predilecta, y le promete que un “hijo de mujer” derrotará al Maligno y a las fuerzas del pecado y de la muerte. (Gn 3,15)

El hombre, con ese acto, rompió su amistad con Dios, pecó, se apartó del Señor, y desde entonces el corazón del hombre perdió la paz. Es por lo que los hijos de los hombres venimos a este mundo heridos ya por el pecado y la división, por el dolor, la soledad y la muerte. A excepción de MARÍA la elegida por Dios para materializar su plan salvador.

El hombre al pecar frustra el plan creador de Dios, pero el amor que Dios siente por sus criaturas los hombres es tan fuerte que pronto concibe un plan para salvarlo y de este modo vencer el poder del pecado. Dios no nos ha abandonado nunca y desde siempre ha

estado dispuesto a darnos su perdón misericordioso y nos ha ofrecido una y otra vez la salvación.

Después del diluvio se restablece el orden de la creación y reina la armonía primigenia, aunque no se vuelve a la paz paradisíaca. Entre el Dios de la Misericordia y los seres vivientes se sella una paz duradera. El arco iris será el signo visible de esta nueva realidad invisible, que une a los hombres con Dios, a las criaturas con su creador. Y es bajo el signo de la bendición y de la alianza que despunta una y otra vez una nueva esperanza.

Más tarde Dios elige a un hombre llamado Abrahán para hacer llegar su amor a todos los pueblos y le dice: "Sal de tu tierra, y vete a la tierra que te mostraré. Te haré padre de una muchedumbre de pueblos a quienes por ti bendeciré y haré llegar mi amor".

La bendición es un don o regalo de Dios a los hombres para que estos vivan en su plenitud espiritual. Las promesas de bendición que Dios hace a los hombres son irrevocables y siempre acaban cumpliéndose, porque Dios es fiel y no depende en su actuar de lo que el hombre desee, diga o haga.

En el monte Sinaí, Dios Padre, "rico en misericordia", después de revelar su nombre a Moisés se define: "El Señor, El Señor, Dios clemente y misericordioso, tardo para la ira y lleno de amor y fidelidad, que perdona la iniquidad, la infidelidad y el pecado", y establece la antigua alianza con el pueblo de Israel, dándole sus Mandamientos.

Pero la historia de la Alianza de Dios con los hombres llegó a su plenitud cuando Dios Padre envió a su Hijo al mundo para salvar a los hombres definitivamente. Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, cumplió todas las promesas de salvación que Dios había hecho al pueblo de Israel. Es el "Rostro de la Misericordia de Dios", Jesús de Nazaret con su palabra, con sus gestos y con toda su persona revela la misericordia del Padre que es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro.

Y todo esto es posible consecuentemente con el concurso de una mujer, pero no de una mujer cualquiera, sino por el ser humano más perfecto de todos los tiempos, los pasados, los presentes y los venideros, sobre ella se sustenta la regeneración del género humano, es la nueva Eva, madre de la nueva humanidad, madre del pueblo nuevo de Dios que es la Iglesia.

"Se abrió el templo de Dios, que está en el cielo, y se dejó ver el arca del Testamento en su templo, y hubo relámpagos, y voces, y rayos, y un temblor, y granizo fuerte.

En esto apareció un gran prodigio en el cielo, una mujer envuelta en el sol y la luna bajo sus pies, y sobre la cabeza una corona de doce estrellas y estando encinta, gritaba con ansias de parir, y sufría los dolores del parto. Al mismo tiempo se vio en el cielo otro portento, y era un gran dragón de color de fuego que tenía siete cabezas, y diez cuernos y sobre las cabezas siete coronas. Con su cola arrastró la tercera parte de los astros del cielo, y los arrojó a la tierra. Se paró el dragón delante de la mujer, que estaba a punto de parir; para tragarse a su hijo, en cuanto le pariese. Parió un hijo varón, el cual había de apacentar todas las naciones con cetro de hierro, pero el Hijo fue arrebatado para Dios y su trono. La mujer huyó al desierto, en donde tenía un lugar preparado por Dios, para que allí la alimentasen durante mil doscientos sesenta días".

Una mujer envuelta en la gloria de Dios "vestida de Sol"; una mujer que domina a la luna, bajo sus pies, símbolo de los ritmos de la vida, de la fecundidad, del crecimiento humano; una mujer coronada por doce estrellas, imagen tanto de los doce patriarcas de Israel, como de los doce apóstoles de la Iglesia.

Y esa mujer no es otra que MARÍA, la predilecta, la bien amada de Dios, concebida sin mancha, como no podía ser de otra manera, para ser la Madre del Hijo de Dios, Madre del Mesías, Madre de la Esperanza Salvadora, Madre del Redentor del Mundo y puerta

necesaria a través de la cual se hace presente Jesucristo “Rostro de la Misericordia de Dios”. María ha contribuido, ha colaborado para que fuese posible la acción todopoderosa de Dios: la redención, la liberación, la filiación divina

¡Alégrate llena de gracia! Es el saludo del ángel Gabriel enviado por Dios para anunciar a María que va a ser madre, “El Señor está contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres” continua. Y es que Dios, ha estado, está y estará siempre con María, desde el momento de su concepción inmaculada no la ha abandonado nunca; elegida por Dios para ser la Madre del Altísimo “Pura, Limpia e Inmaculada” fue engendrada y llena de la gracia de Dios vivió su existencia terrenal, ya que gozó siempre de la bendición eterna de Dios, con todo lo que eso implica. Y es que la respuesta de María, al anuncio del ángel, lo dice todo de ella: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”, se abandona a la voluntad de Dios, se entrega a Él de manera total y absoluta sin duda alguna, sin pensarlo, sin condiciones, por toda la eternidad, como solo el Hijo se entregó a la voluntad del Padre, se abre como una puerta, de par en par, para que a través de Ella pase a este mundo el Hijo del Hombre, Misericordia viva del Padre. Ella, una mujer sencilla y humilde, es capaz de entender y responder al llamamiento de Dios, se convierte en la esperanza de la que hablan los profetas del Antiguo Testamento; María participa de la alegría de quien sabe descubrir la presencia de Dios en los acontecimientos, de quien sabe intuir la acción salvadora de Dios y pone su vida entera al servicio de Dios.

María no solo engendró a Jesús, sino que concibió al mismo tiempo la fe y la alegría. Rompió radicalmente con la desobediencia, con la muerte, con el pecado. Por esta razón María es la madre de todos los creyentes, de todos los que vivimos en la alegría del Evangelio. Ella ha destruido el poder del mal, la esclavitud del pecado, con su actitud de vivir de acuerdo a la voluntad de Dios. Con su “hágase” ha hecho posible la venida al mundo de Jesús.

María, gracias a su actitud de obediencia a la voluntad de Dios y a su fe incondicional, se convierte en elemento activo, en manos de Dios, de la liberación de la humanidad, de regeneración del género humano. Ella ha llevado en sus entrañas al Verbo de Dios, a su Palabra.

“Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba al principio en Dios. Todas las cosas fueron hechas por El, y sin El no se hizo nada de cuanto ha sido hecho. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres”.

“Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad”.

Con Jesús se ha hecho efectiva la liberación de todo hombre y toda mujer, y ha nacido de una mujer, de María, que subordinada a su hijo Jesucristo, pero cooperando eficazmente con el proyecto divino, recupera, a través del fruto de sus entrañas, para el ser humano el plan original de Dios, trastocado por el pecado de Adán y Eva.

María al ser la madre del Salvador se convierte en el ser humano más próximo a Dios después de Jesucristo. Y por esta razón se la considera el puente en nuestra relación con su Hijo y la puerta a través de la cual se hace presente el Señor entre nosotros los hombres; ella que es la madre de la misericordia y de la bondad infinitas, personificadas en Jesús. Ella es la abogada, la intercesora, la que siempre está dispuesta a velar amorosamente por sus hijos, por todos nosotros. Ella por antonomasia es la Madre de todas las madres, por los siglos de todos los siglos, su maternidad no tendrá nunca parangón en la historia de la humanidad, porque ella es la Madre Universal, con ella la maternidad alcanza su más alta cota de expresión y magnificencia, María ha roto con la maldición del pecado del paraíso, a través de su maternidad divina nos ha traído la vida, ha devuelto la esperanza y la

confianza al género humano. Ha hecho posible la “vida”, la Vida con mayúscula, la vida que no se acaba, la Vida Eterna, que nos ha traído el fruto de su vientre Jesús.

“María, Madre de Gracia, Madre de Misericordia, en la vida y en la muerte ampáranos Señora” invocamos en la jaculatoria del Santo Rosario; “Reina y Madre de Misericordia” la proclamamos en la “Salve” la oración más excelsa con la que nos dirigimos a María, porque si Dios es Misericordia, la Madre de Dios es la Madre de la Misericordia como no podía ser de otra manera.

María que ha llevado dentro de sí a Jesús, al Rostro de la Misericordia, se ha empapado de esa Misericordia de Dios, por eso le pedimos constantemente: “vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos” y es que el amor de María es solo comparable al Amor de Dios.

La misericordia infinita, el amor entrañable, ilimitado, hechos redención, salvación, liberación son obra de Dios, realizada de forma definitiva en Jesús con su muerte en la Cruz, la Redención es la obra maestra de la Misericordia. Y María que ha llevado dentro de ella al misericordioso, al redentor y es la Madre de la Misericordia, es por consiguiente la obra maestra de la Redención. Ella es la que ha tenido la experiencia más próxima de la acción de Dios, realizada en su hijo Jesús. Por eso es el arca de la nueva alianza, templo y sagrario vivo del Señor, así se lo anuncia el ángel Gabriel, cuyo nombre significa “Dios es fuerte”, “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra...”, en clara alusión a la gloria de Dios que llenaba el Tabernáculo donde se guardaba el Arca de la Alianza “Entonces la nube cubrió la tienda del encuentro y la gloria del Señor llenó el santuario” (Ex 20, 34). María se convierte en el nuevo Tabernáculo, donde se hace presente la gloria de Dios.

“Y estando encinta, gritaba con los dolores del parto y las ansias de parir” nos dice el libro del Apocalipsis. Y es que María además de Madre del Amor y Madre de la Misericordia es Madre Dolorosa. Ella ha elegido con su “hágase” poner toda su vida al servicio del plan de Dios. Pero las cosas no siempre son fáciles. María va a disfrutar en primera persona, como nadie, de ese plan de Dios realizado en su hijo Jesús; pero también va a padecer, como nadie, en su propia carne los rechazos, incomprensiones y odios a su Hijo, que lo van a conducir hasta morir en la cruz.

Así se lo anuncia el anciano Simeón movido del Espíritu Santo, cuando María y José acuden al templo para consagrar al Niño Jesús al Señor: Simeón le tomó en sus brazos y, bendiciendo a Dios, dijo: “Ahora, Señor, puedes ya dejar ir a tu siervo en paz, según tu palabra; porque han visto mis ojos tu salud, la que has preparado ante la faz de todos los pueblos; luz para iluminación de las gentes y gloria de tu pueblo Israel”.

Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: “Puesto está para caída y levantamiento de muchos en Israel y para signo de contradicción; y una espada atravesará tu alma para que se descubran los pensamientos de muchos corazones”. Y es que ella vivirá todas esas situaciones de incomprensión y odio hacia su hijo como una “espada” que le atraviesa el alma; aunque eso sí, sin perder la esperanza en que el plan de Dios se cumplirá, a pesar de todos los impedimentos humanos.

Hermanos estamos en Adviento, conmemoramos la primera venida del Señor y esperamos su venida definitiva, y como siempre el Dios de la Misericordia viene a nuestro encuentro, dispuesto a perdonar nuestras faltas de amor, hacia Él y hacia nuestros semejantes, no permanezcamos impasibles en la espera, y al igual que María abrid la puerta de vuestro corazón, dejadle pasar, convertíos y salid a su encuentro, limpiemos nuestra casa, que es nuestro espíritu, lo eterno e imperecedero que hay de Dios en cada uno de nosotros y preparémonos para celebrar como solo Él se merece su Natividad.

En nombre de mis hermanos en la Vera Cruz os deseo que la Misericordia de Dios fruto de su inmenso Amor, os conceda la Paz en el espíritu y os colme de todo Bien. Feliz Navidad a todos.

Finalizo con la oración más antigua que se conoce de las dedicadas a María, del siglo III, es el "Sub tuum praesídium", que dice así: "Bajo el amparo de tus misericordias nos acogemos, oh Santa Madre de Dios, no desatiendas nuestros ruegos en las necesidades y sálvanos del peligro. Tú sola eres la bendita".

Y bendito sea por siempre el fruto de tu vientre Jesús, Dios y Señor nuestro. Amen.